

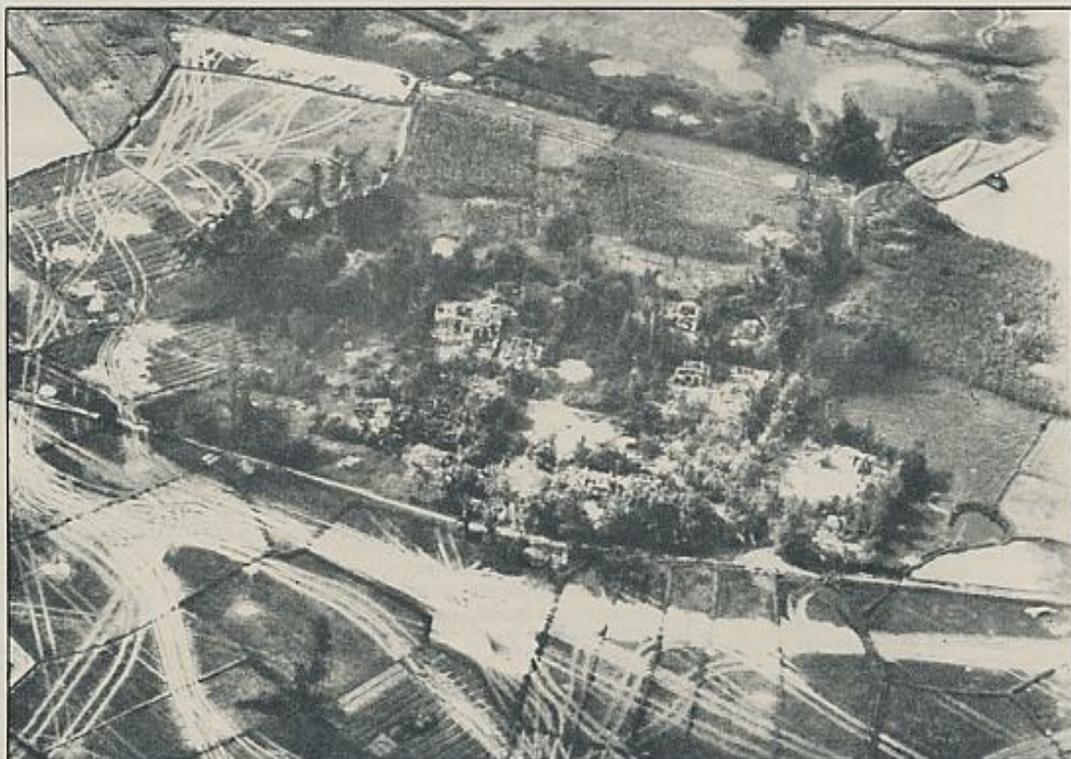
GENOCIDIO

La localización del Mal y su atribución a unas fuerzas determinadas es un error tan antiguo que ya en el siglo III fue por ello desollado vivo un sujeto llamado Mani. Pero los maniqueos no han muerto jamás. Están entre nosotros. De cuando en cuando se descubre, se localiza y se denuncia una fuente de mal absoluto. Se le destruye como se puede. Es un exorcismo, es un auto de fe tras el cual se supone que el imperio del bien puede establecerse sin obstáculos. En el año 1945, el mundo dominante cometió un acto maniqueo de doble vertiente. Las leyes de Nuremberg localizaban todo el mal del mundo en un sector, conformado, más o menos, como una pirámide de responsabilidades. Había un pueblo culpable, el alemán; dentro de ese pueblo, un grupo llamado nazi, de cuyos actos era responsable un manojito de dirigentes que, a su vez, estaban fascinados por Hitler, que venía a ser un «loco» o un «maniaco», para mayor facilidad en la exculpación conjunta de los humanos «normales». Muerto el supuesto loco, ejecutados sus secuaces, destruida su organización y dominado su pueblo, nada se oponía al establecimiento del bien, como segunda consecuencia maniquea. La Carta de San Francisco daba las bases esenciales. Los «pueblos de las Naciones Unidas» estaban dispuestos a «preservar las generaciones futuras de la plaga de la guerra», proclamando su fe «en la dignidad y el valor de la persona humana», «en los derechos de las naciones grandes y pequeñas», en el «mantenimiento de la justicia», el «progreso social», las «mejores condiciones de vida en una libertad mayor», para lo cual había que «practicar la tolerancia», abolir el uso de las armas y «favorecer el progreso económico y social de todos los pueblos». Una vez más, como tantas otras veces a lo largo de su trágica y decepcionante historia, el mundo tenía la sensación de partir de cero. Sin embargo, se estaba muy lejos de que «todo fuese por lo mejor en el mejor de los mundos posibles», con la irónica frase de un personaje de Voltaire. Y como todo iba mal, era preciso inventar un nuevo maniqueísmo. En el mundo occidental, el Mal absoluto se colocó en el comunismo, y a la inversa. Se inventó la fórmula del «mundo libre». El senador Joe McCarthy partió en cruzada. Probablemente hizo más daño a la conciencia

americana que la misma guerra del Vietnam. Pero localizar el Mal en McCarthy sería un nuevo maniqueísmo... El mundo comunista no fue ajeno a esta ley psicológica de la localización del mal. Se lo atribuyó a Stalin en el famoso XX Congreso. Su cuerpo fue arrojado del mausoleo; su nombre, borrado de los libros. De nuevo se debía partir de cero. Se emitió la hipótesis de que Stalin, justo y cordero en los primeros años de su poder, posteriormente había enloquecido. Stalin fue loco, Hitler había sido un loco. Se repite la fórmula de acudir a la locura para desprender a los culpables designados del resto de la humanidad consciente. Oswald, asesino de Kennedy, era un loco, como fue un loco el asesino de Verwoerd, en África del Sur. La humanidad se pone fácilmente en manos de locos, grandes y pequeños.

Por una razón de comodidad moral se está siempre dispuesto a aceptar este maniqueísmo. El mal está lejos y es cosa de otros. Cuando de pronto se revela un suceso de la magnitud de las matanzas de civiles en el Vietnam por soldados regulares de los Estados Unidos —cuyo breve relato aparece en otro lugar de este número—, quienes se sienten incluidos en cierta forma en el grupo de asesinos se encuentran atónitos y como desasidos de sí mismos. ¿Qué ha pasado para que un joven grupo de ciudadanos de un país inspirador de la Carta de San Francisco, de los derechos del hombre y de una Constitución admirable se conviertan en asesinos de mujeres, niños y ancianos? Si no son nazis, ni alemanes, ni siquiera negros del Sur, ¿cómo pueden cometer un genocidio, perfectamente definido por las Leyes de Nuremberg que este mismo país creó? Algunas justificaciones son perfectamente inmorales, como la de Robin Smyth en el «Daily Mail»: «... la actuación del soldado americano en el Vietnam se ve quebrantada por una serie de circunstancias que alteran radicalmente su moral. La guerra asiática no es lo mismo que la guerra en Europa. Las «encerronas» son más sangrientas en el continente asiático que en otro cualquiera». La miseria moral que hay encerrada en esta frase es infinita. No es más lícita que la del gobierno británico. George Brown —segundo de Wilson en el partido laborista— ha dicho simplemente que los norteamericanos «debían dejar de lloriquear» sobre sucesos como

Vista aérea de My-Lai, la aldea vietnamita diezmada el año pasado por soldados norteamericanos. Según las declaraciones de supervivientes les obligaron a salir de sus casas y dispararon sobre ellos.



éste y dedicarse simplemente a ganar la guerra. Se le debe agradecer un realismo cínico cuando dice: «Sospecho que hay muchos muertos también cargados sobre nuestras espaldas». Ciertamente, el bombardeo de Bremen y el de bombas de fósforo en Hamburgo no son hechos menores en las matanzas de civiles, aunque estuvieran realizados por un pueblo que soportó Coventry —de donde se obtuvo el verbo «coventrizar»— y las V-2 inventadas y disparadas por Von Braun, hoy héroe respetado, glorificado y ensalzado de la humanidad porque aquel crimen de guerra obtuvo los principios esenciales que han permitido la llegada del americano a la Luna.

Ciertamente, la comparación de las matanzas del Vietnam con los crímenes de guerra nazis es abusiva. En un cierto sentido son mucho peores. Las doctrinas nazis ensalzaban la violencia, el dominio por la fuerza. Las SS llevaban una calavera en su uniforme y en sus estandartes. Proclamaban un imperio «de dos mil años» y la supremacía de una raza. Se sabía a qué atenerse. Era preciso estar frente a ellos o asumir el papel de asesinos o de cómplices. En cambio, las doctrinas político-filosóficas de los Estados Unidos están basadas en la falaz idea del «mundo libre», en la farsa de la defensa de un pueblo amenazado, en la inconsciencia del «imperio accidental», de la Carta de San Francisco. Puede un ciudadano de los Estados Unidos —o del imperio americano— adormecerse una noche con la conciencia tranquila por su espíritu de misión y encontrarse, al despertar, que su periódico le explica que tiene las manos manchadas de sangre. Es posible que para ello haya sido necesario adormecer la conciencia con ciertos barbitúricos mentales. El «Tribunal Russell» se reunió hace ahora tres años —en noviembre de 1966— y denunció explícita y largamente los crímenes de guerra en el Vietnam. En el Tribunal Russell se respondió «Sí» por unanimidad a estas preguntas: «¿Son sometidos los prisioneros de guerra hechos en el Vietnam por las fuerzas armadas de los Estados Unidos a tratos prohibidos por las leyes de guerra?». «¿Las fuerzas armadas de los Estados Unidos someten a las poblaciones civiles a tratos inhumanos y prohibidos por las leyes de guerra?». «¿El gobierno de los Estados Unidos es culpable de genocidio con el pueblo vietnamita?». En el llamamiento final de Dave Dellinger se contenía este párrafo: «El Tribunal se dirige al pueblo americano para pedirle que detenga en su origen una agresión monstruosa. Le pide que termine el genocidio. Y, volviéndose a los pueblos del mundo entero, les invita a reaccionar. ¡Rehusad cometer los crímenes cuya prueba acaba de darse aquí mismo! ¡Rehusad ser sus cómplices! Pasad, en fin, a la acción para detenerlos, en nombre de la Humanidad, en nombre de la solidaridad con nuestros hermanos vietnamitas y con todos los pueblos cuya existencia está amenazada». Los Tribunales de Nuremberg —y los posteriores juicios contra criminales de guerra— se han negado a admitir la disculpa del «Yo no sabía lo que estaba pasando». Y, sin embargo, esto era posible en una sociedad cerrada como la de la Alemania nazi. No lo es una sociedad que se proclama abierta como la de los Estados Unidos. En este tipo de sociedad, la contradicción es grave. Puede saberse todo, puede reaccionarse contra todo. Las manifestaciones, las protestas, los pliegos de firmas, los actos como «La marcha de los muertos» y el «Mortarium Day» son posibles: en una sociedad cerrada como la nazi no hubiesen podido tener lugar y sus organizadores hubieran sido asesinados sin dilación. Pero el drama contradictorio de la sociedad supuestamente abierta es que estos actos libres y consentidos no consiguen percutir sobre la acción totalitaria del gobierno. Nixon ha rechazado sucesivas veces que estas demostraciones de la conciencia pública puedan hacerle modificar su política. Una de sus más recientes frases es la de que seguirá sosteniendo las tropas americanas en el Vietnam porque, de otra forma, «nuestros aliados perderían confianza en América». ¿Dónde está, ahora, esa confianza? ¿Quién se puede sentir noblemente aliado de las matanzas efectuadas por soldados regulares, mandados regularmente por un primer teniente y por un sargento?

Es indudable que la acusación directa contra los Estados Unidos por los desastres de la guerra sería también, y a su vez, maniquea. El problema está en la guerra en sí, y en cierto tipo de guerras, muy especialmente en las guerras de tipo colonial —o neocolonial, que es una equivalencia—, donde el genocidio forma parte del proyecto. Sartre sistematizaba una denuncia: el «chantaje genocidal» se extiende a todo el género humano, apoyándose sobre el chantaje de la guerra atómica, «es decir, al absoluto de la guerra total, y ese crimen, perpetrado todos los días bajo todas las miradas, hace de todos aquellos que no lo denuncian los cómplices de los que lo cometen, quienes, para someterlos mejor, comienzan por degradarnos. En este sentido, el genocidio imperialista no puede más que irse radicalizando, porque el grupo que se quiere alcanzar y aterrorizar, a través de la nación vietnamita, es el grupo humano entero».



SUPERVIVIENTES, TESTIGOS DE LA MATANZA.

LOS ASESINOS DE VIETNAM

Matanza en My-Lai

La compañía C del primer batallón del 20 regimiento de Infantería de los Estados Unidos sufrió una baja el 15 de marzo de 1968 en el frente de Vietnam. Los soldados pidieron a su capitán entrar en lucha inmediatamente. El capitán les dijo: «Mañana tendréis ocasión de emplear vuestras armas». Al día siguiente, la compañía C, mandada por el primer teniente William L. Calley, de veintiséis años, y por el sargento David Mitchell, de veintinueve, entró en el pueblo de My-Lai, un pequeño «pinkville» —«pueblo-clavel», nombre dado en el argot militar de Vietnam a las agrupaciones de viviendas en una zona pequeña—, con las ametralladoras montadas. El periodista Ronald Haerberle formaba parte del destacamento. De su testimonio de lo que ocurrió se pueden tomar algunas frases. Un campesino vietnamita, que llevaba en sus brazos a dos niños, en señal de paz y bienvenida, se acercó al grupo militar. Las ametralladoras les apuntaron. Un niño gritó en inglés: «¡No, no!». «Crepitó una ametralladora y los tres fueron derribados por la ráfaga». Los militares americanos ordenaron a los habitantes del pueblo que se concentraran en la plaza. «Un numeroso grupo de mujeres, con niños pequeños, estaba frente a la ametralladora. El soldado apretó el gatillo y comenzó a disparar, mientras el grupo corría intentando escapar». «Los soldados se acercaron al montón de caídos y encontraron un hombre que todavía vivía. Fue rematado». «Vi a dos chiquillos, uno de los cuales tendría cuatro o cinco años. Un soldado hizo fuego con el fusil M-16. El chico mayor se echó al suelo y protegió con su cuerpo al más pequeño. El soldado hizo fuego seis veces más». «Un soldado cogió por la muñeca a una chica y comenzó a desnudarla, mien-

tras otros soldados mantenían alejada a su madre, dándole golpes. La chica tendría unos trece años. Se disponían luego a matarlas cuando gritó: «¡Espera!», como si quisiera hacer una fotografía. Las víctimas suplicaban, lloraban y sus cuerpos temblaban. Me volví de espaldas, porque no podía mirar. Los disparos acabaron con ellas. Fui incapaz de tomar una foto. Aquello era demasiado». El periodista Haerberle consideró entonces que no debía publicar su relato. Lo envió con las fotos como prueba al Departamento de Investigación Criminal del Ejército. No obtuvo respuesta jamás. Ahora lo ha hecho público en el «Cleveland Plain Dealer», que ha resistido la presión de las autoridades, que intentaban que el reportaje no fuese publicado. Por su parte, el Presidente de Vietnam del Sur, Nguyen Van Thieu, ha ordenado una investigación, que dirigirá el general Xuan Lan. Por primera vez un portavoz del Pentágono ha declarado que desde hace un año se está investigando el «suceso». En Saigón, fuentes oficiales de los Estados Unidos prometen que se hará justicia «con respecto a los intereses de los Estados Unidos». Un portavoz militar de Washington dice que las cifras de asesinados parecen «exageradas». Esta cifra se situaba en 567 civiles muertos. Otra cifra rebaja la anterior a 370. Algunos supervivientes de la matanza se ofrecen como testigos para corroborar las declaraciones del periodista. El teniente Calley está detenido en Fort Benning acusado de asesinato, y el sargento Mitchell, de «salto con intento de matar». El expediente designa a las víctimas como «un número no especificado de civiles vietnamitas». El relato ha hecho un terrible impacto en las conciencias de los ciudadanos norteamericanos.